

PERSONA HUMANA, VERDAD E INTEGRIDAD

CAMINO DE RECONCILIACIÓN ENTRE LA CIENCIA Y LA RELIGIÓN*

— Juan David Quiceno Osorio

«En la búsqueda de reconciliación entre la ciencia y la religión, resulta importante volver poner el foco de atención en las personas humanas, aquellas que sufren muchas veces de la desconfianza del conocimiento científico o del saber que va más allá de lo comprobable con los sentidos biológicos. Dicha relación debe ser puesta en términos de verdad y de integridad, y esto implica para ambos “polos” al menos una renuncia a tratar la verdad como una posesión y a volver al camino de la unidad. Aquella unidad que la misma realidad reclama con la indignación de aquel que ha sufrido una injusticia y que la misma persona humana anhela como orden de su realidad interior a la que apunta y a la que debe servir cada una de sus acciones en el mundo. Confrontarse con este hecho es una cuestión existencial que debe plantearse hoy todo hombre que se considere a sí mismo como hombre de ciencia».

Palabras clave: Persona humana, verdad, integridad, Francis Bacon, filosofía, investigación científica, perspectiva personalista.

«In the search for harmonization between science and religion, it is important to restore the focus on human beings. Meaning those who often suffer from the mistrust of scientific knowledge or understanding that goes beyond what can be verified through the biological senses. Such bond must be put in terms of truth and integrity. This implies for both “sides” to at least renounce to see the truth as a possession and return to the way of unity. The unity that reality claims with the indignation of the one who has suffered an injustice, and that the human person longs as an order of his inner reality to which he points and to which each of his actions must serve in the world. Confronting this fact is an existential matter that should be considered today by every man who deems himself as a man of science».

Key words: Human person, truth, integrity, Francis Bacon, philosophy, science research, personalist perspective.

* El presente trabajo fue presentado en el IX Congreso Latinoamericano de Ciencia y Religión (Puebla, 8-10 de febrero de 2017).

INTRODUCCIÓN

Hace algunos meses me encontraba haciendo una visita de trabajo en la ciudad de Filadelfia, Pensilvania. Tuve la oportunidad de encontrarme con un gran amigo de orígenes iraníes y mejicanos. Este personaje terminó sus estudios de bioingeniería en Berkeley y está terminando su maestría en Biotecnología en la Universidad de Pensilvania. Trabaja para un laboratorio farmacéutico asociado a la investigación de Upen tratando de lograr hacer que algunos medicamentos contra el cáncer tengan un alcance comercial.

Este gran amigo, después de haber estado tenido algunos *stages* en el oriente trabajando en el laboratorio, regresó a Estados Unidos y sin entrar en detalles, por algunos eventos que han venido sucediendo en su vida, se ha bautizado católico.

En este contexto tuvimos una larga conversación acerca de la ciencia y la religión. Christopher aún no llega a comprender cómo la religión puede entrar en la vida del laboratorio. Por un lado, con muy buena intención, rechaza vehementemente el “controlismo religioso”, pero por otro lado piensa que el aporte de la religión a la ciencia se debe centrar en la ética. Este encuentro, combinado con la experiencia de la docencia, la investigación y la propuesta de nuestros métodos académicos para estudios de postgrado, me ha llevado a pensar en la importancia de saber presentar la riqueza de la realidad con luminosidad y honestidad.

El diálogo con Christopher terminó en un abundante discurso de cómo la ciencia no es técnica, y de cómo la ética no es religión. Pero también terminó en una iluminante lluvia de conocimientos acerca de su ciencia y de la manera como su sistema se aproxima a la realidad. Dicho debate basado en la amistad y en el deseo auténtico por encontrar la verdad, terminó en un saber acoger las perspectivas de cada uno y de proponerse repensar algunas categorías para aproximarse a la realidad.

Pocos días después de dicho diálogo surgió la posibilidad de venir a este encuentro y me pareció relevante tratar de exponer algunos de los puntos que he venido reflexionando y estudiando de la mano de algunos pensadores personalistas y especialmente de Romano Guardini, a quién debo en gran parte lo que trataremos de manifestar en este trabajo.

Mi intención, para nada romántica, es presentar algunos puntos que considero relevantes en el camino de reconciliación entre la ciencia y la religión, nada que no se haya dicho, ni nada que pretenda una revolución filosófica y científica, quizá sólo un examen de conciencia si es que se considera pertinente. Es así como en un primer momento presentaremos la opción metodológica de Francis Bacon, considerado padre del método científico moderno, y las posibles vías de diálogo que se encuentran en su planteamiento entre la ciencia y la religión. En un segundo momento, señalaremos brevemente el influjo del positivis-

mo en el ánimo de la sociedad moderna y su actitud frente a la ciencia, para también desde allí señalar algunos riesgos y peligros que genera el reduccionismo metodológico positivista. En los siguientes puntos analizaremos los conceptos de verdad e integridad desde una perspectiva personalógica, tratando de llevar nuestra reflexión hacia la noción de encuentro entre perso-

nas, allí donde en conciencia y con honestidad, tanto el científico como el filósofo y el religioso se encuentran en las mismas condiciones. Por último señalaremos algunos puntos que consideramos relevantes en vistas a promover un diálogo fructuoso entre ciencia y religión en el ámbito académico e investigativo.

I. REDUCCIÓN DE LA REALIDAD

Los últimos siglos de historia humana están marcados por un indudable esplendor científico. La ciencia empírica cultiva un máximo de rigor metodológico que le permite llegar a ciertos resultados productivos. Es capaz de hacer “magia”, es decir, de transformar la materia con una cierta libertad que sorprende y maravilla. Si Bacon hoy estuviese vivo diría satisfecho que el hombre, siguiendo sus consejos, ha obligado a la naturaleza a decir sus propias leyes y ha sabido usar bien los instrumentos de medida para intuir e interpretar su esencia matemática

En algunos de sus aforismos, Bacon declara pretender una ciencia que busque el dominio de lo que existe. Para ello declara inútil cualquier ciencia que no se centre en la causa formal de la realidad¹. Dicha causa además la reinterpreta en términos de procesos y esquemas que hoy podrían bien leerse en términos físicos y químicos. Por supuesto, esto es ir un poco más allá de la letra. Sin embargo, aquí inicia el camino de la nueva ciencia. Un camino que busca centrarse en un aspecto concreto de la rea-

lidad, un aspecto que le exige el máximo de especialidad.

Bacon piensa que la ciencia debe dejar de ser contemplativa y convertirse en algo útil, es decir, una ciencia de la que nazcan frutos visibles para el hombre y que deje de estar preocupada por llenar los anaqueles de las bibliotecas y por debatir sobre aspectos “irrelevantes” de la realidad. Lord Verulam declara que la ciencia que lo antecede *est vertigo quaedam et agitatio perpetua et circulus* (En materia de ciencia no hay más que un remolinear, una agitación perpetua que termina donde empezó)².

Preocupado pues por la inutilidad de la ciencia medieval, Bacon propone un método más riguroso, basado en la inducción, para llegar a lo que realmente importa, a la nueva ciencia de la modernidad, la naturaleza de las cosas. Su método termina por redefinir el árbol de las ciencias, y así declara que la nueva metafísica del mundo moderno es la física, y los científicos serán los nuevos sacerdotes, es decir, los interpretes de la naturaleza de la realidad.

El criterio fundamental de la verdad para dicha metafísica es su funcionalidad. Si funciona, si se controla, entonces es real. Así declara Bacon; «y así creo que desempeñé el cargo de un verdadero sacerdote del sentido (del cual debe buscarse todo conocimiento acerca de la naturaleza, a no ser que los hombres piensen volverse locos) y un intérprete nada inexperto de sus oráculos y que mientas otros sólo pretenden sostener y cultivar el sentido, yo de hecho, lo hago»³.

Bien hace Lord Berulamio en declarar a los científicos sacerdotes del sentido. Su ciencia se basa en la regularidad de la naturaleza, y su arte es justamente el interpretar dicha regularidad a partir de leyes que se acerquen a la eternidad y a la universalidad. Sin embargo, es claro que este mismo proceso de rigor científico busca centrarse en el aspecto concreto y manipulable de la realidad. Aquí, podríamos decir que la ciencia que Bacon propone no estaría sino declarándose realista por principio.

El lenguaje de Bacon no es casual, su vocabulario religioso no debería dejar incólume a ningún lector de los fragmentos que apenas escribió de su ambiciosa obra. Es claro que la ciencia naciente produce un efecto mágico en la naturaleza y en el hombre mismo. Aquello que es sólo propio de Dios, el hombre parece poder imitarlo con una cercanía que impresiona. El ejercicio de la potencia creativa humana alcanzará con estos presupuestos niveles insospechados como apenas podemos empezar a observar en nuestro tiempo. Un ejercicio que roza

muchas veces el deseo de jugar a ser como dioses⁴.

Bacon pudo atisbar casi de manera profética la fascinación propia de la creatividad, y las bondades que ella podía traer a la vida de los hombres, lo cual resulta innegable en muchos estratos de la modernidad. Claro está que lo que el lord inglés proponía en el siglo XVII ha pasado por distintos estratos históricos, reformulaciones y experiencias. Sin pretender hacer una historia de la filosofía moderna, nos referiremos simplemente a la impronta que ha dado el positivismo a esta misma relación entre ciencia y religión.

La visión positivista del hombre proclama el arribo de la humanidad a la “edad madura”, a la edad científica, en donde quedan atrás como vetustas y superadas, las edades de los infantiles fetichismos y las juveniles búsquedas de un Ser Absoluto. La promoción de la perspectiva positivista, apoyada por los avances científicos y tecnológicos, reales y buenos en distintos casos, ha generado un ingenuo optimismo en la sociedad que ha dispuesto el camino para que éste modo de ver la realidad se vaya filtrando poco a poco en las distintas disciplinas del saber humano como única y exclusiva vía de conocimiento y como única fuente de expresión cultural. Este esplendor científico, apoyado por una verdadera idea de progreso que aparece muchas veces interpretada acriticamente a partir de la ecuación “novedoso=bueno”, ha guiado al hombre por un sendero en el que poco a poco ha ido olvidando la idea del origen, la idea de la generosidad e infinitud del Bien.

El hombre moderno parece haber puesto muchas de sus esperanzas en aquello que puede verificar; de aquí por ejemplo que le incomode tanto la muerte.

Sin embargo, también sabemos que para Comte, más que ser un sistema de ideas, el positivismo era una religión. Y dicha religión positiva debería ser el credo de occidente, un credo que debería sustituir el antiguo, y que debería tener nuevos sacerdotes. «La física social debe suscitar un nuevo poder espiritual, capaz de reemplazar al clero y reorganizar Europa por medio de la educación. Éste será, ha de decir más tarde, el sacerdocio positivo, el sacerdocio de la Humanidad. Todo aquél que no olvide el fin por los medios debe reconocer que el advenimiento de un nuevo poder espiritual, es decir, un sacerdocio sistemático, constituye la única solución realmente propia para la revolución occidental»⁵.

Sin poder ahondar más en estos interesantes aspectos históricos, filosóficos y sociológicos, queremos simplemente llegar a mostrar algunos puntos como posibles vías de encuentro.

En primer lugar, aludimos al padre de la metodología científica, con la intención de mostrar que, desde su inicio, la ciencia moderna hace una clara opción por centrarse en la naturaleza. Si este aspecto se reconoce, entonces hablamos de una posible vía de diálogo. Bacon mismo declara que se centra en la causa formal porque las demás causas aristotélicas no le interesan para transformar el mundo⁶. Esto significa para nosotros que la realidad evidentemente no

se agota en su formalidad. Y más bien, dicha formalidad supone otras nociones con las que la ciencia empírica debería también poder dialogar.

Así, si el deseo de la ciencia moderna es ayudar a comprender el mundo en su totalidad⁷, entonces ese mismo honesto deseo debería poder llevar a los hombres de ciencia a abrirse a concepciones que escapan del aspecto de la realidad en el que se concentran.

En segundo lugar, como piensa Guardini, el riesgo de la ciencia se manifiesta justamente en que al parecer «lo divino se inserta en la naturaleza y se equipara con su profundidad creadora; o se sitúa en el interior de la personalidad, en el ánimo, en la genialidad y aparece como su fuente misteriosa; o se ve en él el principio espiritual y creador de la existencia que se despliega en el proceso de la creación cultural»⁸. De aquí que no sea extraño que la búsqueda de lo religioso se confunda con la búsqueda que la misma ciencia persigue. Y de aquí que el proceso que Comte ha llamado de “sustitución” pueda tener un sentido comprensible. Si la física es la nueva ciencia primera, es casi lógico que declare no querer asumir principios y normas de otras ciencias. Y es casi consecuente que ella misma se declare la nueva metafísica y la nueva teología.

Este segundo aspecto, nuevamente nos abre otra vía de diálogo. La ciencia no ha dejado de buscar las causas últimas, pero parece confundir su especialidad con la facultad recibida de transformar la realidad.

Además, la fuerza de su ser religioso parece imponerse a su búsqueda, tanto que antes de aniquilarla, la ciencia ha tratado de absorberla. Esto supone un dato muy relevante en nuestro camino por volver a la unidad de la realidad.

En tercer y último lugar, habría que considerar que la puesta entre paréntesis del mundo externo a la forma, ha supuesto para la ciencia el dejar fuera de su espacio todo lo que no puede verificar con sus instrumentos. Es así que «“Dios” queda situado a tal distancia del mundo, que no puede afectar ni la naturaleza o al sujeto en su autonomía, ni a la obra de la creación cultural en su desarrollo propio [...] Una última posibilidad consiste, finalmente, en tener al ámbito de lo religioso por peligroso para la libertad y pureza del mundo, eliminándolo totalmente. Es lo que trata de hacer el positivismo y el materialismo en sus diversas formas»⁹.

Esto es curioso, dado que algunos científicos piensan que el laboratorio es un lugar al vacío. Al vacío de Dios, al vacío de la responsabilidad y al vacío de sí mismos en cuanto personas. Una curiosa imagen que representa lo que queremos decir es aquella del científico que se quita el abrigo y se pone la bata para entrar en el laboratorio. El abrigo representa su fe y sus convic-

ciones personales, y la bata el trabajo del laboratorio. Parece que el científico cuando se pone la bata se abstrae del mundo, y sólo vuelve a ser sí mismo cuando nuevamente se pone el abrigo para regresar nuevamente a casa. Hay que decir, que dicha reducción del mundo nace – como asevera Guardini – de una cómoda trascendencia y de una incomprendida inmanencia divina.

Así llegamos, pues, para concluir este primer acápite, a un primer elemento fundamental. El momento en que el científico, el filósofo, o el religioso, por su posición de sacerdotes o intérpretes del mundo piensan abordar con derecho y propiedad la totalidad de la realidad. Allí se asume una actitud que solo lleva por un camino de contradicción del que no hay vuelta y en donde no hay diálogo posible. Cerrarse a la propia especialidad es cerrarse como persona y no permitir descubrir la realidad de formas nuevas.

Esto es también una tentación del filósofo y del teólogo. Es más, el miedo a la novedad y las bondades de la ciencia pueden llevar a una cerrazón que sólo contrae rebeldía y lejanía. Sin embargo, un camino de apertura supone un arduo discernimiento que recorrer de la mano de la misma ciencia. Aquí hay un camino de cooperación humana fundamental.

II. PERSONA HUMANA Y VERDAD

El proceso de rigor científico que propone Bacon nace pues de una reducción de la realidad, una reducción que mal interpre-

tada ha dividido el camino de lo que antes parecía ir de la mano, es decir, el saber y la religión.

Podemos decir que esta reducción ha terminado en un “olvido”; ya que ha dejado en el camino nociones importantes que hoy pueden ser la vía hacia una sana reconciliación entre la ciencia y la religión.

Hasta ahora hemos tratado el diálogo entre ciencia y religión como la relación entre dos sistemas con métodos independientes de conocimiento. Sin embargo, habría que decir nuevamente que detrás de ello hay un deseo de especialidad y de especificidad que ha dejado en el olvido la unidad previa en la que la realidad subsiste y que detrás de todo sistema hay siempre personas.

En el esfuerzo por mostrar las vías de retorno a la contemplación del misterio de la realidad que el hombre habita, hemos querido asumir una vía personalista como itinerario de retorno a la integralidad de la realidad. En ese camino queremos recordar algunas nociones como verdad e integridad que pueden convertirse en reflexiones importantes para la revisión de algunos puntos actuales en el diálogo entre filosofía, ciencia y religión, que sabemos además hoy está influido por medidas ideológicas, económicas y también políticas (estatales e internacionales)¹⁰.

Hay que referirnos a una distinción fundamental que nace de la reflexión sobre la persona. La distinción entre naturaleza y persona. La naturaleza, piensa Guardini, se refiere «a la totalidad de las cosas, todo lo que es. O, expresado más exactamente, todo lo que es antes de que el hombre ponga la mano en ello. Es decir, los cuerpos celestes, la tierra, el paisaje con sus plantas y

sus animales, pero también el hombre mismo, siempre que se entienda como realidad anímico-orgánica»¹¹.

El concepto de naturaleza es un concepto axiológico, es decir, es concepto objetivo y universal que, por lo mismo, propone consecuencias para el obrar y el pensar. Y es justo en dicho concepto donde inicia nuestro recorrido de vuelta a la unidad de la realidad¹². Sin embargo, este primer paso es corto en este recordar la unidad fundamental de lo real, pues el hombre parece ponerse por encima de lo meramente natural, es más, el mismo concepto de natural es puesto en crisis por la realidad humana del conocimiento, la acción y de la misma creatividad con la que la ciencia se beneficia. El método de la ciencia se queda corto para expresar la totalidad de la realidad humana¹³, y es allí donde debe considerar que su trabajo tiene un límite y que su acción es un servicio¹⁴.

Al analizar el drama de la vida cotidiana del individuo tomamos conciencia del riesgo constante en el que vive el hombre hodierno de reducir su vida a una simple armonía con la funcionalidad. Su vida es un horario por cumplir, ciertas obligaciones sociales a las que responder. Decía Gabriel Marcel casi con horror que hemos llegado a un punto en el que «concebimos perfectamente que un médico llegue a declarar que un hombre necesita divertirse tantas horas por semana [...] la clínica aparece aquí entonces como una casa de control o como un taller de reparaciones»¹⁵. Desde el punto de vista de la funcionalidad es interpretada la actividad humana, sus roles

de padre e hijo, su trabajo y su diversión, «incluso la muerte aparece aquí, desde un punto de vista objetivo y funcional, como la puesta fuera de uso, como lo inutilizable, como el *desecho* puro»¹⁶. El hombre se trata a sí mismo como una posesión, como un objeto que tiende a *someter*, a *utilizar*, a tratar como un mero instrumento y no sólo a sí mismo sino también a su semejante a quien tiende a *excluir* o a considerar como privilegio personal. Es aquí donde justamente la ciencia y la religión encuentran un punto de contacto fundamental. El momento en que la ciencia pierde su carácter personalista entonces deja de ser ciencia y se convierte en voluntad de poder, deja de ser servicio y se convierte en arbitrariedad. No es necesario mencionar los ya desgastados ejemplos de guerra y de manipulación industrial en la que se sume nuestro mundo moderno.

Por el hecho de ser persona tanto el científico como el religioso se ponen la misma pregunta frente a la realidad. Lo que existe ¿Es solamente lo que puedo ver y manipular? o ¿lo que veo (la naturaleza) y mi existencia donada (la persona) tienen un principio fundamental que es principio de toda posibilidad y transformación y es un orden al que tanto la ciencia y la religión responden?

Cuando el hombre pierde la idea que la misma realidad lo trasciende y lo invita a trascenderse constantemente a sí mismo, entonces el mundo pierde su carácter propio. La obra humana deja de ser servicio para el mismo hombre y el hombre se convierte en un impostor, pretende asumir el

rol de creador. Una vez que esto sucede, se pierde la unidad de la realidad, y es así que las ciencias, en sus distintas ramas, se cierran sobre sí mismas, y pretendan adquirir también un carácter religioso.

Es aquí donde pensamos que se introduce la *questio* sobre la verdad. *Quid est veritas?* La cuestión de la verdad es una pregunta que el hombre se pone en cuanto hombre, y por ello se la hace la ciencia moderna y también la religión. El hombre trata de responder a un cuestionamiento que nace de su relación con la realidad. Qué es lo que puedo conocer y de facto conozco, es la pregunta de la filosofía moderna, sin embargo, habría que ir aún más atrás, la pregunta sobre la verdad, es una pregunta de carácter eminentemente antropológico ¿Cuál es la verdad del hombre? ¿Cuál es la verdad sobre mi existencia? Y aplicada a cada sector de investigación, habría que responder con sinceridad ¿A qué hombre sirve la especialidad técnica en la que soy profesional? ¿A qué hombre se refiere la filosofía? ¿A qué hombre se dirige la religión? Pero además, cómo esa verdad transforma el sentido de la vida del ser personal y del mundo. Hablando al *Bundestag* el Papa Benedicto XVI, hablando sobre política y derecho natural, decía sobre lo que nos ocupa; «hoy no es de modo alguno evidente de por sí lo que es justo respecto a las cuestiones antropológicas fundamentales y pueda convertirse en derecho vigente. A la pregunta de cómo se puede reconocer lo que es verdaderamente justo, y servir así a la justicia en la legislación, nunca ha sido fácil encontrar la respuesta y hoy, con la abundancia de nuestros conocimientos y

de nuestras capacidades, dicha cuestión se ha hecho todavía más difícil»¹⁷.

La verdad de la que aquí hablamos, es aquella capaz de liberar la conciencia, de iluminar la realidad hasta sus estratos últimos, una verdad que se muestra tal como es, y en su mostrarse se oculta para invitar al hombre a ir siempre en su búsqueda. La búsqueda de la verdad es la búsqueda de la realidad, es la búsqueda de entender cada vez con más profundidad el mundo y la propia existencia. Esta verdad como piensa Guardini «tiene grandeza. Posee poder para liberar y saciar el espíritu. Atrae a este con aquella fuerza misteriosa que el mismo Platón llama *eros*. El hombre vive de lo que es más que él. Vive tendiendo hacia lo superior a sí mismo, o también, desde lo superior tendiendo hacia abajo»¹⁸.

El horizonte de la verdad se muestra como el camino unificador de las especialidades, pero este camino es posible porque la realidad misma se muestra con un carácter unitario. Quizá esté aquí el *quid* del constante fracaso de los diálogos interdisciplinarios, pues allí donde no se presupone la unidad, nunca se puede volver a ella. Esto quiere decir, que tanto la ciencia como la religión tienen un mismo principio, pero poseen

métodos propios. Ese método, siendo válido, bueno y también útil debe conducir al mismo lugar, aun cuando los frutos de cada ciencia se manifiesten en modo distinto. Y es justo aquí donde la reflexión personalista se pone al centro del debate.

Desde esta vuelta a la unidad como presupuesto, el *locus* de relación entre ciencia y fe vuelve también a ser el encuentro entre personas, aquellas que hacen ciencia, filosofía y religión, y aquellas quienes son las que padecen muchas veces de la desconfianza del conocimiento científico o del saber que va más allá de lo comprobable con los sentidos biológicos. Dicha relación pues debería ser puesta en términos de verdad y de integridad, y esto implicará para ambos “polos” al menos una renuncia a tratar la verdad como una posesión y a volver al camino de la unidad. Aquella unidad que la misma realidad reclama con la indignación de aquel que ha sufrido una injusticia y que la misma persona humana anhela como orden de su realidad interior a la que apunta y a la que debe servir cada una de sus acciones en el mundo. «Confrontarse con esta situación es hoy la cuestión existencial tanto de la ciencia misma como también de los hombres que la sirven»¹⁹.

III. VERDAD E INTEGRIDAD

Hemos hablado de la cuestión de la verdad, y aunque no podemos hablar de todo lo que dicha reflexión implica, nuestra intención es introducir una relación directa entre verdad e integridad. Cuando usamos la

palabra integridad lo hacemos en un doble sentido. En el sentido de la totalidad de la realidad – de la persona y la naturaleza – y en el sentido de la honestidad propia del buscador de la verdad²⁰.

Hemos ya dicho que es un abuso anti-científico, anti-filosófico y especialmente anti-humano el reducir la realidad a lo meramente verificable con instrumentos. Sabemos que cada ciencia tiene su lugar en la consideración de la misma realidad; sin embargo, esa diversidad metodológica no hace sino manifestar su riqueza y su abundancia. Frente a ella el investigador no hace sino experimentar su ser trascendido constantemente. Y esta misma experiencia requiere del estudioso, reverencia y honestidad.

Quizá sea aquí donde nuevamente la perspectiva personalista sale a nuestro encuentro para ofrecernos la noción de integridad. Y aquí hablamos entonces de la integridad en cuanto a la unicidad y honestidad del discurso de la ciencia, la filosofía y la religión. El auténtico investigador quiere encontrar respuestas frente a la realidad que trata de comprender, y por eso mismo está abierto a la verdad y se presenta como alguien razonable, capaz de escuchar, debatir y conceder. Tras ese auténtico investigar «se encuentra una gran pasión. Esta impulsado por un valor absoluto: la verdad; y tiene una ley estricta: el método»²¹. Una vez que se pierde el horizonte de la búsqueda de la verdad, entonces queda la simple voluntad humana de controlar la realidad, o en palabras de Nietzsche, la voluntad de poder²².

Aquí la investigación entra en una gran crisis. En una crisis que la aleja de la verdad y de su verdadero objetivo de servicio. La aleja además de la sociedad y de Dios. Y esto sucede tanto en la ciencia empírica

como en las ciencias humanas. La investigación se convierte en una cuestión de *status* y de prestigio, o se convierte en una cuestión de dominio y control. Cuando se pierde el sentido de la persona y de la verdad que le concierne, la integridad no tiene lugar.

La crítica de Bacon a la ciencia medieval habría que aplicarla nuevamente aquí a la ciencia moderna «la prueba, por ejemplo, el carácter y número de trabajos en los que se originan libros a partir de libros y donde los objetos se hinchaban hasta lograr una importancia que no les correspondía»²³. Y esto justamente porque incluso el valor verdadero de lo útil ha perdido su verdadero significado²⁴. Se ha transformado en mero *negotium et commercium*. El hombre se olvida de su ser persona y se cierra sobre sí mismo y sobre sus propios intereses. Intereses que pudieron haber tenido momentos de tintes heroicos e intenciones excelsas.

Por lo anterior, el valor de la verdad y el deseo de transmitirla con integridad se ponen como condición fundamental para un diálogo fructuoso entre ciencia y religión, entre personas. Allí donde los intereses de control y de poder priman sobre el servicio honesto y sobre la verdad misma, entonces fracasan los esfuerzos por encontrar el horizonte común. Allí donde los hombres no quieren ceder a su orgullo, porque la veracidad lacera sus miedos, inseguridades y falsas convicciones, entonces no hay posibilidad de un diálogo fructífero. Y esto se aplica para los distintos órdenes a quien aquí nos referimos. Allí donde el filósofo

pretende dominar la ciencia con las causas primeras sin dejarse sorprender, y sin declarar, si es necesario, su ignorancia frente a la técnica, se termina el encuentro con la verdad. Allí también, donde el científico (sea médico, ingeniero, físico o astrónomo, etc.) se cierra sobre sus principios considerándolos últimos, se termina el encuentro con la verdad.

La única esperanza auténtica de un camino de vuelta a la unidad es aquella que se dirige a lo que no depende de nosotros, aquella cuyo resorte es la humildad y no el orgullo, el prestigio o el interés económico.

Y el orgullo en términos radicales «consiste en encontrar la fuerza sólo en sí mismo»²⁵; me entiendo como un yo absoluto que puede ser creador de su propio acto de ser, es decir como si mi pensamiento pudiese mi acto y diese razón de sus propias condiciones de posibilidad, o quizá como quien queriendo revalidar su libertad experimenta cualquier limite como un infierno o como una contradicción que debe ser superada. El orgullo encierra en un solipsismo existencial, «separa a aquel que lo experimenta de una cierta comunión con los seres, y al mismo tiempo, tiende a destruirla; actúa como un principio de destrucción»²⁶.

Es por ello que se considera que el origen del diálogo entre las ciencias deberá tener como base una actitud de integridad, o cómo piensan algunos autores personalistas de “humildad ontológica”. Y esto no es otra cosa que «una actitud existencial: el reconocimiento de una profundidad en el

ser que nos supera y nos incluye. En una palabra, es el profundo reconocimiento de la finitud»²⁷. Experimentar la finitud en el orden existencial es experimentar la continua duración de un ser que no es dueño de su propio existir, es decir, que es contingente y por lo tanto su vida está sujeta a la novedad creativa, a la fidelidad, a la responsabilidad y en consecuencia ha de considerarse a sí mismo y al mundo que tiene delante – incluso en el micro o telescopio – como un don renovado a través del tiempo.

El deber personal del científico – en sus distintas ramas – en el tiempo moderno se presenta pues como una vigilancia por la verdad, vigilancia que presupone un haber decidido honestamente reconocer su valor.

Es cada vez más claro cómo la investigación y la universidad actual se han ido convertido en una verdadera industria²⁸, con exigencias que alejan cada vez más a los investigadores, académicos e incluso estudiantes de una búsqueda honesta de la realidad. El diálogo, pues, supone una decisión sincera por buscar la verdad, y eso implica una apertura frente a ella. Apertura que justamente se convierte en condición de posibilidad para que la realidad – nuevamente natural y personal – hable con toda su potencia veritativa, su belleza y bondad. «Se trata de la decisión de si la existencia humana debe estar definitivamente dominada por la voluntad de poder o por la voluntad de verdad»²⁹, y el asumir las consecuencias que de ello se derivan. Hacer una opción por la verdad «puede causar enojo, daño y peligro; pero la conciencia nos re-

cuerda que la verdad obliga, que es algo incondicionado, que tiene supremacía»³⁰.

Y es tan así que su valor en la existencia humana es integral, es decir, asume todas sus dimensiones, ya que «la verdad no sólo se dice, sino que también actúa; pues también se puede mentir con acciones, actitudes y gestos, si parecen expresar algo que no es»³¹. Aquí la actitud íntegra frente a la verdad se convierte en un método personalista, es decir, en un camino propio para buscar la verdad. Dicho camino «ahonda cada vez más en lo peculiar, en lo propio de la persona, en el dominio de la libertad, donde fallan los cálculos»³². Ante la perso-

na la verdad se convierte en la verdadera arma de la ciencia frente a la oscuridad de la ignorancia y frente a la maldad de la miseria humana. Y ante la misma persona es también la actitud de búsqueda sincera de la verdad, la honradez y la lealtad las que «producen lo que permanece: atención y confianza»³³.

Que todo el mundo sepa que, «cuando entra en relación con un científico, se encuentra con una conciencia que se siente responsable de la integridad y el orden de lo existente, y que por eso no está a disposición de la arbitrariedad de lo útil y del poder»³⁴

IV. CONCLUSIONES

Cuando Christopher se quejaba sobre la actitud “controlista” religiosa sobre la ciencia y aseveraba la importancia de la ética en la ciencia, afirmaba algo verdadero. Afirmaba que lo propio del diálogo con la filosofía y la religión es la búsqueda de la verdad, una vez que se asume una postura de dominio o control, se asume un lugar que imposibilita el diálogo y el mismo crecimiento de la ciencia. Sin embargo, en su pretensión el filósofo honesto y el religioso muestran intencionalmente la existencia de un orden del cuál ni el científico y ni el técnico se pueden sustraer.

Así pues la ética, siendo fundamental en este encuentro que tanto se necesita en el ámbito de la investigación y de la universidad, se queda corta para expresar la realidad. Los presupuestos con los que la

ciencia debería dialogar tienen más bien en última instancia un carácter ontológico y personalista. Esto implica que la ética no se aplica sólo al producto; es decir, a regular lo que el científico puede o no puede hacer en su obrar. Sino que el científico en el laboratorio no está nunca fuera del orden de la realidad, y por eso el laboratorio no está al “vacío”. Mirando por el microscopio, estudiando la masa y composición de los minerales extra-terrestres, el científico no se abstrae de ser persona, y se encuentra siempre frente a la riqueza de la realidad.

Esto implicaría que la religión no se centre únicamente en tener un discurso moralizante frente a la ciencia – cosa buena, sin lugar a dudas, mientras el presupuesto sea el bien de la persona y de la sociedad y no el miedo y la ignorancia de

las causas formales – sino sobre todo que se preocupe por mostrar el orden de las cosas, por formar la conciencia personal y por encontrar nuevos modos de mostrar la riqueza de la realidad. En este sentido es una tarea de la filosofía encontrar siempre nuevas vías para presentar la realidad en su integridad, sin que pierda su riqueza y novedad y sin que termine por reducirse a objeto en la búsqueda del control. El Papa Juan Pablo II en su encíclica *Fides et Ratio* analizando las concepciones filosóficas del mundo moderno, le dedica algunos párrafos al problema hermenéutico, un desafío que se pone a la filosofía, que se convierte aquí en mediadora, y que podría ayudar mucho en este camino de reconciliación. «Por tanto, es de desear un esfuerzo particular para profundizar la relación entre

lenguaje conceptual y verdad, para proponer vías adecuadas para su correcta comprensión»³⁵.

Esta búsqueda de reconciliación entre la ciencia y la religión tiene una importancia fundamental en la Universidad y en las conciencias que se fían de la formación que allí reciben. La reconciliación y la unidad se darán allí donde la idea no sea convencer sino mostrar con argumentos razonables, donde la idea no sea imponer sino favorecer el ejercicio de la libertad, donde la idea no sea ejercer la voluntad de poder y control, sino la de presentar la verdad con aquella mansa y pacífica paz con la confianza en que ella misma es atractiva y digna de ser acogida.

BIBLIOGRAFIA

- Bacon F. (2000): *Instauratio Magna, Novum organorum*, Ed. Porrúa
- Benedicto XVI, *Discurso al Bundestag*, Berlín, 22 de septiembre de 2011
- De Lubac H. (2012): *El drama del humanismo ateo*, Ed. Encuentro, Madrid.
- Gallagher K. (1968), *La filosofía de Gabriel Marcel*, Ed. Fe y razón, Madrid.
- Gevaert J. (2001): *El problema del hombre. Introducción a la antropología filosófica*, Ed. Sígueme, Salamanca.
- Guardini R. (2012): *Tres escritos sobre la*
- universidad*, EUNSA Astrolabio, Pamplona
- Guardini R. (2013): *La esencia del cristianismo*, Ed. Cristiandad, Madrid
- Guardini R. (2014): *Mundo y Persona*, Encuentro, Madrid.
- Hoewel C. (2013): *La investigación en la encrucijada en Persona y cultura*, Revista de la Universidad Católica San Pablo, Arequipa, año 13, n. 13.
- Juan Pablo II (1998): *Fides et Ratio*, Roma.

Marcel G. (1987): *Aproximación al misterio del Ser*, Ediciones Encuentro, Madrid

Ratzinger J. (2000): *Fe, Verdad y Cultura*, Febrero, Madrid-España.

Newman J. H. (2011), *Discurso sobre el fin y la naturaleza de la educación universitaria*, EUNSA, Navarra

Ratzinger J. (1992): *La fe ante el desafío de las culturas*, Conferencia pronunciada durante las semanas universitarias de Salzburgo

(ENDNOTES)

- 1 «La verdadera relación entre la naturaleza de las cosas y la naturaleza de la mente es como la preparación y decoración de la cámara nupcial de la Mente y el Universo, con la asistencia de la Divina Bondad, de cuya unión esperemos (y que esta sea la oración del canto nupcial) que surjan ayudas para el hombre, y un linaje y una raza de descubrimientos que pueda, en alguna proporción, dominar y sobreponerse a las necesidades y miserias de la humanidad», Bacon F. (2000): *Instauratio Magna, Novum organorum*, Ed. Porrúa, 22.
- 2 Bacon F., *Instauratio Magna, Novum organorum*, 6.
- 3 Bacon F., *Instauratio Magna, Novum organorum*, 21.
- 4 «Si el hombre de ciencia se afana y trabaja, luchado con una materia huidiza, es para arrancar a esta sus secretos, para dominarla penetrándola con el pensamiento», Aubert J. M. (2001): *Filosofía de la naturaleza*, Herder, Barcelona, 266.
- 5 Cfr. De Lubac H. (2012): *El drama del humanismo ateo*, Ed. Encuentro, Madrid, 213.
- 6 «La investigación de *las formas* que son (en razón cuando menos y conforme a la ley) eternas e inmutables, constituirá la *metafísica*; la investigación de la *causa eficiente, de la materia, del progreso latente* y de la *constitución oculta* (cosas todas que tienen relación con el curso ordinario y común de la naturaleza, y no con sus leyes fundamentales y eternas), constituirá la *física*: a esas dos ciencias teóricas estarán subordinadas dos ciencias prácticas: a la *física, la mecánica*; a la *metafísica, la magia*, concebida en un sentido razonable, y llamada así en atención al inmenso campo que abrirá, y del gran imperio que sobre la naturaleza debe dar al hombre», Bacon F., *Instauratio Magna, Novum organorum*, 107.
- 7 «La intención profunda de la *ratio*, la meta que persigue, es comprender todo lo real, es decir, reducir la totalidad a una única síntesis racional» Gevaert J. (2001): *El problema del hombre. Introducción a la antropología filosófica*, Ed. Sígueme, Salamanca, 31.
- 8 Guardini R. (2014): *Mundo y Persona*, Encuentro, Madrid, 23.
- 9 Guardini R., *Mundo y Persona*, 23.
- 10 Como piensa el C. Ratzinger «naturalmente es difícil volver a dar carta de ciudadanía a la cuestión de la verdad en el debate público, debido al canon metodológico que se ha impuesto hoy como sello acreditativo de la científicidad. Por eso es necesario un debate fundamental sobre la esencia de la ciencia, sobre la verdad y el método, sobre el cometido de la filosofía y sus posibles caminos», Ratzinger J. (2000): *Fe, Verdad y Cultura*, Febrero, Madrid- España, 5.
- 11 Guardini R., *Mundo y Persona*, 15.
- 12 «El encuentro entre culturas es posible porque, a pesar de toda diversidad de su historia y de sus formaciones colectivas, el hombre es uno, es el mismo ser. Pero este único ser resulta tocado en lo profundo de su existencia por la verdad misma. Sólo a través de este contacto escondido de nuestras almas con la verdad se explica la apertura fundamental de todos hacia todos y se explican también las analogías substanciales que existen, incluso entre las culturas más lejanas», Ratzinger J. (1992): *La fe ante el desafío de las culturas*, Conferencia pronunciada durante las semanas universitarias de Salzburgo, 8.
- 13 «No puede ser tarea de la filosofía someterse a un canon metodológico, que tiene su legitimidad en sectores particulares del pensamiento. Su tarea tiene que ser justamente pensar la científicidad como un todo, concebir críticamente su esencia y, de un modo racionalmente responsable, ir más allá de ello hacia lo que le da sentido», Ratzinger J. (2000): *Fe, Verdad y Cultura*, Febrero, Madrid- España, 6.

- 14 «El hombre posee una naturaleza que él debe respetar y que no puede manipular a su antojo. El hombre no es solamente una libertad que él se crea por sí solo. El hombre no se crea a sí mismo. Es espíritu y voluntad, pero también naturaleza, y su voluntad es justa cuando él respeta la naturaleza, la escucha, y cuando se acepta como lo que es, y admite que no se ha creado a sí mismo. Así, y sólo de esta manera, se realiza la verdadera libertad humana», Benedicto XVI, *Discurso al Bundestag*, Berlín, 22 de septiembre de 2011.
- 15 Marcel G. (1987): *Aproximación al misterio del Ser*, Ediciones Encuentro, Madrid, 24.
- 16 Marcel G., *Aproximación al misterio del Ser*, 25.
- 17 Benedicto XVI, *Discurso al Bundestag*, Berlín, 22 de septiembre de 2011.
- 18 Guardini R. (2012): *Tres escritos sobre la universidad*, EUNSA Astrolabio, Pamplona, 36.
- 19 Guardini R., *Tres ensayos sobre la Universidad*, 49.
- 20 «Crear en la posibilidad de conocer una verdad universalmente válida no es en modo alguno fuente de intolerancia; al contrario, es una condición necesaria para un diálogo sincero y auténtico entre las personas. Sólo bajo esta condición es posible superar las divisiones y recorrer juntos el camino hacia la verdad completa», Juan Pablo II (1998): *Fides et Ratio*, Roma, #92.
- 21 Guardini R., *Tres ensayos sobre la Universidad*, 32.
- 22 «Muchos niveles del concepto: apropiación de una cosa. Riqueza, Influencia. Éxito. Dominio sobre la naturaleza. Dominio sobre el ser humano. Castigo. El hombre planeado, administrado. Alta consideración del hacer, del cambio total. Nada de esto afecta a los estratos más profundos de la responsabilidad personal. Ciertamente, enormes empresas arriesgadas de tipo racional y técnico: por ejemplo supremo de ello, el vuelo espacial. Sin embargo, ya ninguna empresa arriesgada propiamente existencial. No la decisión respecto a la validez eterna. El nivel de lo propiamente espiritual abandonado. Por ello, una peculiar desatención del hombre. Realmente enorme peligros, pero siempre de tipo "técnico"». Guardini R., *Tres ensayos sobre la Universidad*, 76.
- 23 Guardini R., *Tres ensayos sobre la Universidad*, 42.
- 24 «No digo útil en un sentido vulgar, mecánico y mercantil, sino como un bien que se difunde, o una bendición, o un don, un poder o un tesoro, primero para quien lo posee, y a través de él para el mundo entero», Newman J. H. (2011), *Discurso sobre el fin y la naturaleza de la educación universitaria*, EUNSA, Navarra, 176.
- 25 G. Marcel, *Aproximación al misterio del Ser*, 59.
- 26 G. Marcel, *Aproximación al misterio del Ser*, 59.
- 27 Gallagher K. (1968), *La filosofía de Gabriel Marcel*, Ed. Fe y razón, Madrid, p. 28
- 28 Sobre dicho tema es muy iluminadora la reflexión del filósofo argentino Carlos Hoevel sobre *La investigación en la encrucijada* en Persona y cultura, Revista de la Universidad Católica San Pablo, Arequipa, 2013, año 13, n. 13.
- 29 Guardini R., *Tres ensayos sobre la Universidad*, 79.
- 30 Guardini R. (2013): *La esencia del cristianismo*, Ed. Cristiandad, Madrid, 125.
- 31 Guardini R., *La esencia del cristianismo*, 127.
- 32 Guardini R., *La esencia del cristianismo*, 131.
- 33 Guardini R., *La esencia del cristianismo*, 133.
- 34 Guardini R., *Tres ensayos sobre la Universidad*, 48-49.
- 35 Juan Pablo II, *Fides et Ratio*, Roma 1998, 96.